

## LE CHEMIN DU PUY

**E**ntré en un bar en Virgen del Camino, fatigado por el calor del mediodía y el intenso tráfico de tantos coches y camiones, y allí estaba, en la mesa del fondo, el solitario peregrino francés con el que iba coincidiendo desde hacía algunos días. De la conversación, circunstancial y anárquica como buenos peregrinos, imprecisa y confusa por nuestro inglés macarrónico, saqué pocas cosas en claro como no podía ser de otro modo. Una de estas era que había empezado en un pueblo francés de nombre Le Puy, que por tanto llevaba muchos días calzándose las botas, y que el camino que discurre por su país le había cautivado por su naturaleza y paisajes. Su 'very very beautiful' transmitía un sincero entusiasmo, aunque es cosa sabida que un francés elogiando Francia bien pudiera ser el simple resultado de un súbito ataque de chovinitis aguda, lamentable consecuencia de un exceso de días alejado del mejor país del mundo. Corría septiembre de 2001, y quizá fuera en aquel lugar donde se incubó el sueño de un camino distinto.

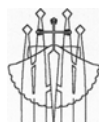
Casi tres años más tarde, a finales de mayo del presente, cinco trenes me llevaron a Le Puy, interesante ciudad con numerosas referencias jacobeanas, y punto de partida del principal camino histórico de Santiago por tierras galas, conocido como 'Vía Podiense' o 'Vía Podense', aunque yo prefiero, al igual que las guías francesas, llamarlo 'Camino de Le Puy'. Cuentan que un tal Gotescalc, obispo de Le Puy, partió de aquí el año 950 hacia la tumba del apóstol. A las ocho de la mañana del día siguiente, en la misa del peregrino en la catedral, más de 60 caminantes de los más variados países nos sentíamos cómplices de una misma ilusión, la ilusión de un largo viaje a pie.

Para cualquiera que haga este camino la primera referencia no puede ser otra; Conques, a 200 km de Le Puy. En todas y cada una de las etapas de este tramo hay magníficos paisajes de valles y montañas, rica vegetación, caudalosos ríos, bosques de robles, arces, castaños, abedules, hayas, y también plácidos pueblecitos muy cuidados, con buenos albergues y demás

servicios para los caminantes, pues en buena parte viven de ellos. Los que más gustaron, a parte de los dos ya mencionados, fueron; Saint-Privat d'Allier, Saugues, Saint-Alban-sur-Limagnole, Nasbinals, Aubrac, Saint-Come-d'Olt, Espalion, Estaing y Senergues. A través de la Auvernia primero y del Aubrac después, numerosos peregrinos y senderistas nos adentramos en las regiones de la Francia más profunda y rural, allí donde los franceses de ciudad van a hacer excursiones, deportes de aventura, turismo, y, faltaría más, a disfrutar de su apreciada gastronomía. Hablando de gastronomía, qué decir del famoso 'aligot' de la región del Aubrac, una especie de puré de patata y queso, de masa elástica, que hacía las delicias de los peregrinos franceses (incluso aplaudían cuando el sonriente cocinero estiraba la masa), y que me vi forzado a comer durante tres días consecutivos al no haber otra alternativa, poniendo en serios apuros mi fe en el Camino.

También coincidí en varias ocasiones con grupos de senderismo organizado, franceses y alemanes, que recorrían a pie este tramo del GR-65, los cuales podían ocupar un albergue ('gîtes d'étape') entero que ya tenían reservado con semanas de antelación, y dejar sin piedad, como me ocurrió una vez, a un pobre peregrino como yo compuesto y sin 'gîte'. El colmo de un día malo era comer 'aligot' y dormir en el suelo, aunque esto último no llegó a ocurrir. La culminación del susodicho tramo es insuperable, pues aunque el camino hasta Roncesvalles discurre por varios pueblos que presumen del título oficial de ser 'una de las más bellas villas de Francia', el pequeño pueblo de Conques, con su bellísima abadía de Sainte Foy (incluye hospedería de lujo para peregrinos), es la auténtica joya de la corona.

Si la primera referencia no había duda de cual debía ser, la segunda tampoco; la ciudad de Moissac, otra vez a 200 km (de Conques). En este tramo disminuye ligeramente el número de caminantes, se suavizan los fuertes desniveles de las primeras etapas, progresivamente las montañas van dejando paso a las colinas, los bosques a las tierras de cultivo, y los pequeños pueblos a las pequeñas ciudades (Cahors con 25.000 hab es la más poblada). Ya en la primera etapa de este nuevo ciclo, la pequeña ciudad industrial de Decazeville, síntesis de los graves problemas raciales y sociales de la Francia actual, despierta al ensimismado peregrino de su feliz sueño de colores. Pero la pesadilla es muy corta, y el inocente peregrino regresa pronto a la quimera de un sueño que transcurre por bucólicos caminos a través de la más auténtica campiña



francesa, y por agradables y tranquilas poblaciones como Livinhac-le-Haut, Figeac, Cajarc, y hasta Cahors, ciudad esta en la que cabe destacar la catedral de Saint-Entienne y el soberbio puente Valentré. Más adelante Lauzerte, pueblo medieval situado sobre un cerro y también considerado como uno de los más bonitos del país, y poco después Moissac. De los monumentos de esta bonita ciudad en la ribera del Garona, hermanada con Astorga, sobresale la enorme y singular abadía de Saint Pierre, con su magnífico claustro.

De Moissac a Aire-sur-l'Adour, distantes otros 200 km, los desniveles prácticamente desaparecen y el número de caminantes, ahora sí casi todos peregrinos, disminuye todavía más. En este tramo sigue bien provisto de albergues, pero pocos peregrinos, al menos en el mes de junio no más de 10 ningún día. La tónica sigue siendo parecida, no hay ninguna etapa sin alicientes, si bien ahora los pueblos con servicios están más distantes la cual cosa obliga a cargar con provisiones, sobretodo agua. No faltan las poblaciones que mantienen vivo el interés del caminante como Auvillar, Saint-Antonie, Lectoure, Condom, Montréal-du-Gers, Eauze, Nogaro y la misma Aire-sur-l'Adour. El día que pernocté en esta última localidad, situada ya en un territorio de clara influencia vasco-navarra, celebraban su fiesta patronal, unos auténticos mini-sanfermines donde los mozos corrían delante de los toros con el típico pañuelo rojo en unos auténticos mini-encierros.

De Aire-sur-l'Adour a Roncesvalles, con algo más de 150 km, dominan los caminos de pura esencia navarra; verdes prados y húmedos bosques, colinas y valles soleados, plácidas pistas forestales delimitadas con cercas de troncos, recios caseríos, pequeñas aldeas rurales, y mucha ganadería. La calidez del amarillo con la primera luz del día, el frío aire transparente, el silencio absoluto, y el espíritu sereno del paisaje, hacen sentir privilegiado al caminante por el simple hecho de estar allí, sin necesidad de más motivos, y andar. Se sigue por acogedoras poblaciones como Arzacq-Arraziguet, Arthez-de-Béarn, Navarrenx y la pequeña aldea de Ostabat, donde se unen tres de los cuatro principales Caminos de Santiago en Francia.

A poco más de veinte kilómetros se encuentra el bonito y turístico pueblo de Saint-Jean-Pied-de-Port, en el mismo pie del puerto pirenaico como indica su nombre. Siguiendo los mismos pasos que los romanos por la mítica Vía Trajana hace 2000 años, y siguiendo los mismos

pasos que los ejércitos napoleónicos hace tan solo 200, enfilamos las cumbres de los Puertos de Cize en una etapa inolvidable y espectacular, con una bajada de sensación a Roncesvalles a través de un bosque de hayas. Tuve la gran suerte de compartir las dos últimas etapas con buenos peregrinos y mejores amigos: Gloria, siempre optimista, que tuvo la paciencia de ir siguiendo paso a paso mi camino; Xabier, siempre bromista, que sabe transmitir su amplia experiencia y conocimiento en temas de andares; Natalia, una pequeña gran mujer, que los pasamos de miedo posando para la televisión francesa. A llegar a Roncesvalles más sorpresas agradables; José Luis de Bilbao, gran cocinero y mejor amigo, y Silbia, la mejor hospitalera del mundo mundial. Gracias a todos ellos, que siempre formarán parte de mi Camino de Le Puy.

Así pues, este camino no deja de ser la extensión natural de nuestro familiar camino francés, que al discurrir por tierras galas posee unas connotaciones sensiblemente distintas. La primera gran diferencia es el ambiente humano, mucho más sobrio, en el sentido más ortodoxo de la palabra, pues se hace menos 'vida de bar'. Además, los caminantes tienen las etapas más planificadas, y es frecuente que antes de partir ya tengan hechas todas las reservas de los albergues o 'chambres d'hôtes' (algo parecido a casas rurales para caminantes) en los que prevén dormir.

A pesar de que el trato al peregrino suele ser muy bueno, la hospitalidad tal y como aquí se entiende únicamente se da en los albergues vinculados a comunidades religiosas, o bien por particulares, muchos de ellos ex-peregrinos, que ofrecen amablemente agua, café, o algo de comida a los agotados caminantes que pasan junto a su casa. Otra diferencia, y de eso sí saben más, es la señalización, uniforme con marcas blanca y rojas del GR-65; es clara, sencilla, discreta y sin redundancias. Eso sí, la traza del camino hace muchas florituras, piroetas y rodeos, pues prima la búsqueda de pueblos, monumentos y paisajes, sin importar demasiado el incremento de kilómetros. Es la mentalidad 'GR' versus mentalidad 'Camino de Santiago'. El tema económico y el de los horarios de la comidas es de aquellos que no hace falta mencionar, hay que adaptarse o morir en el intento.

Joan Fiol

